

XIX CONGRESO INTERNACIONAL AIEMPR
Asís (Italia), 23-27 de julio 2013

Presidenta: Paola Elisabetta Simeoni

SÍNTESIS FINAL

Carlos Domínguez Morano

1. Introducción.

Es una tarea difícil, por lo decir imposible, la que se me ha confiado: resumir el enorme trabajo realizado por un grupo tan numeroso de especialistas en diversas ramas del saber que, bajo el denominador común de las identidades, nos han ofrecido temas tan diferentes. De entrada, pido ya mis excusas para todos aquellos que presentaron sus trabajos en los laboratorios y que no se verán reflejados, reconozco que injustamente, en esta síntesis final. Pero el don de la bi-localización y, menos aún, de la cuatri-localización no se me ha sido concedido.

Quisiera comenzar por agradecer a los organizadores del Congreso, particularmente a la Presidenta Elisabetta Simeoni y a la secretaria general, Ana Maria Lanza, por el magnífico trabajo que han realizado a lo largo de estos cuatro años de su mandato para preparar y gestionar este Congreso tan logrado. Han conseguido suscitar y seleccionar un número y una variedad notable de trabajos de una excelente calidad, alrededor de un tema de candente actualidad en nuestro mundo: el juego de las múltiples identidades que en nuestra sociedad globalizada se encuentran, chocan o se armonizan y enriquecen.

Por el momento, mi difícil tarea (no ocultaré momentos de completo desánimo durante su elaboración), consiste en resaltar dentro de la abundantísima materia que ha alimentado este Congreso, lo que me han parecido ser sus ejes fundamentales. Mantengo la esperanza de que mi presentación reflejará con suficiente fidelidad los denominadores comunes de los trabajos presentados.

La temática de este Congreso encontró una magnífica justificación en las palabras iniciales de nuestra presidenta Elisabetta Simeoni cuando nos abrió a la problemática del juego de identidades a partir de las profundas transformaciones que tienen lugar en nuestro mundo y que, desde un obligado paradigma de complejidad, cuestiona el reduccionismo en supuestas esencias, cualesquiera que estas sean.

2. La identidad como ilusión defensiva y necesaria.

Afirmaba Sigmund Freud que el Yo vive bajo la presión de una “obsesión de síntesis”. En efecto, el Yo para sobrevivir a la angustia de las diversas fuerzas que le reclaman (el Ello, el Superyó y la realidad exterior) se ve obligado a construir unas síntesis

que le defiendan de la angustia de desintegración.

Esa obsesión de síntesis encuentra su mejor expresión en el desarrollo de una identidad personal, construida a partir de identificaciones y contra identificaciones tempranas. Ilusión defensiva, porque responde a un deseo que desaloja, encubre, margina otras partes de la propia realidad personal. Ilusión necesaria, sin embargo, porque es el único modo que encontramos para defendernos de las ansiedades de desintegración que anidan en lo inconsciente. Del mismo modo, conferimos también identidad a los otros como un modo de aminorar ansiedades persecutorias. La biografía y el entorno van de este modo *tallando y constituyendo la identidad* a partir de un complejo juego de identificaciones y contra-identificaciones. La identidad es un “yo soy” que se construye en buena parte sobre “lo que no quiero ser”, aunque también lo soy.

La identidad comportará siempre, por tanto, un carácter de ficción, de construcción que falsea y encubre una realidad siempre más amplia y compleja. Es lo que se nos evidenció en la mesa redonda sobre lo femenino. La exposición de Benoit Carniaux sobre Judit Butler en su deconstrucción de la categoría de género, como el análisis realizado por Jean Michel Wissmer de biografías tan aparentemente opuestas como las de Sor Juan a Inés de la Cruz y Kateri Tekawitha, o el llevado a cabo por Marta Leticia Martínez de León sobre las identidades de Teresa de Jesús y el Marqués de Sade (al margen de otras consideraciones que fueron objeto de debate) nos invitaron a pensar que detrás de tan marcadas diferencias existen siempre elementos comunes y, por rechazados, ocultos para esas mismas personalidades. Identidades opuestas que se han construido en oposición a un fondo común marginado.

La constitución de la identidad es deudora de un conjunto de factores biológicos, psíquicos y sociales de amplio calado. Como aprendimos con la intervención del Prof. Paolo Mariotti, enraiza y se desarrolla en un proceso continuo de bases neurológicas, al tiempo que necesita de un sostén afectivo y emocional desde los primeros momentos de la existencia. Sabemos bien que una identidad sólida y a la vez flexible y diferenciada necesita para establecerse un *Holding, un sostén*, en el sentido en el que Winnicott nos no hizo entender a propósito de las primeras vinculaciones materno-filiales. Un experimentar la contención, el cuidado, la cercanía protectora que facilite la confianza básica en uno mismo, en la vida y en los demás. Una vinculación que tendrá un poderoso aliado y una elocuente expresión en el lenguaje y en la conexión con la propia realidad interna a través de una lengua materna. En ella, como en el primer vínculo materno-filial, el sujeto podrá sentirse abrigado, contenido, protegido. Así lo entendimos desde la sugerente exposición de Madeline de Charrère y Myriam Vaucher.

“Más allá de las identidades” ha sido el tema de nuestro Congreso, pero vendríamos a caer en una peligrosa ilusión si pensáramos que podríamos vivir a la interperie, despojándonos de toda ilusión de identidad. Es más, -tal como le oímos decir en un rico debate a Bettina Gómez Piñeiro- cuanto mayor es la intensidad en los procesos globalizares, más necesidad tenemos de preservar identidades en sus dimensiones simbólicas, lingüísticas, estéticas y religiosas, frente a las dimensiones económicas que esta globalización trata de imponer como única.

La identidad, pues, es de alguna manera una ilusión, pero también lo es la de vivir sin la ilusión de la identidad. Tendríamos que asumir, pues, que “ir más allá de las identidades”

significa construir y reconocer la historicidad de todas las culturas y, al mismo tiempo, la posibilidad de que ellas interactúen entre sí como muy bien afirmó en un momento Franca Fidele Bernardini. Dicho en los términos de Paul Ricoeur, saber permanecer en la “ipseidad”, dentro de los cambios y transformaciones de la identidad.

Estamos llamados, pues, a lo que podríamos llamar unas “identidades transaccionales” que, como el objeto transaccional de Winnicott, hagan de puente a la realidad y permitan su transformación en identidades cada vez más evolucionadas y flexibles. O, en otro término también de Winnicott, identidades que sean expresión de un verdadero self que posibilita la creatividad, evitando los peligros del falso self que confunde al propio yo y a los otros.

3. La identidad puente o muralla.

La identidad personal o colectiva podrá convertirse así en una posibilidad para acceder sin angustia a la alteridad, pero también, se puede constituir en muralla que cierra el acceso al otro. En efecto, la propia identidad, personal o colectiva, puede ser expresión de un repliegue narcisista, un concentrarse al interior de la muralla o también puede convertirse en una posibilidad para, más allá del narcisismo, abrirse a la diferencia y la alteridad. Luigi Filippi, profundizó desde una perspectiva psicodinámica en esas condiciones necesarias para constituirse una identidad sólida y a la vez flexible, abierta, como también lo hizo esta mañana desde otra perspectiva Francisco Javier Sánchez Hernández en su intervención sobre *la permanencia en la identidad a la aceptación de la diferencia*.

No deberíamos tampoco olvidar, como nos señaló el Prof Ziparri, que cuanto más frágil es una identidad mayor será su tendencia a cerrarse ante el otro. Por su parte, la doctora Marina Gómez Prieto nos alertó también frente a las identidades frágiles y confusas que pueden estar siendo favorecidas desde la dinámica de la posmodernidad, en la exaltación del narcisismo y la carencia de unos necesarios límites.

La identidad, pues, se abre como posibilidad para la transformación enriquecedora de nuestras particulares dinámicas personales o para el afianzamiento defensivo que experimenta una amenaza intolerable ante lo diferente, negándose a reconocer el límite al que la identidad del otro me remite incuestionablemente.

Nuestras identidades son múltiples, tanto a nivel personal como colectivo. Identidades familiares, de género, étnicas, culturales, de clase, profesionales, políticas, profesionales o religiosas. De entre ellas, nuestro Congreso ha focalizado su atención de un modo preferente en las interculturales, religiosas y- no podía ser de otro modo dado el carácter de nuestra Asociación- las médico-psicológicas.

Hubiera sido, sin embargo, de gran interés reflexionar más en profundidad sobre las condiciones constituyentes de las identidades colectivas y sobre los factores (geopolíticos, religiosos, ecológicos, folklóricos, etc.) que pudieran contribuir al desarrollo de unas identidades abiertas o, por el contrario, que vinieran a favorecer las identidades muralla frente a otras identidades colectivas.

Es un hecho que hoy vivimos un cruce de identidades inédito en la historia. La aldea

global nos confronta en las identidades conquistadas. Vivimos en una sociedad compleja y paradójica en la que estamos convocados a descentralizarnos ante la diferencia de la alteridad. Pero es evidente también que tal invitación a la descentralización encuentra serias dificultades y resistencias. Son múltiples los choques, tensiones y conflictos interculturales de todo tipo en los que actualmente vivimos. No puede ser de otro modo. Nuestras identidades así entran en crisis, reabren inseguridades, se ven cuestionadas y son llamadas a una transformación que tenga el coraje de acoger lo diferente sin dimitir de lo propio. No es fácil porque eso implica en muchos momentos permitir la propia confusión, aceptar el “perderse en lo desconocido del mundo del otro”, sentirse amenazado o verse en peligro de renegar de lo que se percibe y de cómo nos comprendemos a nosotros mismos. Es la dificultad que puso de manifiesto el Dr. Claude Gerard Demaurex en su trabajo: *Babel ou la confusion comme passage obligé. Préparant à un dialogue plus mature.*

4. Disonancias.

Las dificultades para entablar un auténtico diálogo entre las diversas identidades son numerosas y no siempre están a la vista ni son tenidas en consideración. La intervención de Nicolas Duruz nos alertó de una dificultad de origen, básica, que de no ser tenida en cuenta puede fácilmente generar la ilusión de un imposible “esperanto cultural”. La misma idea de diálogo puede, en efecto, verse muy determinada por unos presupuestos de la propia cultura no compartidos por la cultura diferente y de los que, ni siquiera nosotros mismos, tengamos conciencia. Quizás nuestra idea de diálogo para gestionar las diferencias no sea exportable a otras culturas ajena a los presupuestos occidentales que la han hecho posible. Lo impensado puede así convertirse en una trampa al pensar que busca un más allá de la identidad. No podemos olvidar, como esta misma mañana el Prof. Colambo (?) recordando a R. Panikkar, que accedemos a la realidad a través de nuestros mitos.

Es un hecho que las identidades se pueden construir de modos diferentes y que como la Prof. Franca Fedele Bernardini nos advirtió, el otro, diferente de mí pero parecido, puede ser vivido como compatible en igualdad conmigo. Pero el otro puede ser también tenido como alguien asimilable para hacerle parecerlo semejante a mí eliminando su diferencia. Y el otro, puede igualmente ser considerado como culturalmente inferior a mí y, por tanto, segregable e, incluso, eliminable. Es un peligro muy serio de nuestra situación actual de convivencia de identidades diferentes. La dificultad para abrirse a otras identidades se puede expresar así en el presente como un identitarismo, que vendría a manifestarse como una nueva forma de racismo cultural que viniera a sustituir al biológico de otros tiempos.

Entre las identidades culturales, no cabe duda que es, en la confrontación con la cultura islámica, donde nuestra cultura occidental europea encuentra uno de los más importantes y difíciles retos. Difícil, porque, como el profesor Khaled Fuad Allam, nos ayudó a comprender, existe un divorcio entre estas dos culturas, con una larga historia detrás de encuentros y desencuentros y ahora reactivada desde una implantación nueva a partir del fenómeno migratorio. Existe un rechazo de raíces oscuras que conduce a un no querer saber del otro y a un mantenerlo en una posición de intruso que se acepta a regañadientes. Se niega lo compartido con el olvido y se esconden (por ambas partes) las variadas relaciones interculturales que se han dado a lo largo de los siglos.

Un capítulo especial, por constituir, además el objetivo nuclear que nos aglutina en la AIEMPR, es el del hecho religioso. Y, a propósito de las identidades abiertas a la diferencia o cerradas en ellas mismas, surge la interrogación sobre los modos en los que las diversas formaciones religiosas pueden constituirse en puentes o murallas frente a los otros.

La intervención de Karim Jbeili nos alertó en este punto en su original y provocativo trabajo. A partir de una novedosa relectura del Edipo y de una debatida aplicación a los fenómenos sociopolíticos de la actualidad, se nos hizo pensar en las identidades murallas que encierran en unas posiciones narcisistas y en el peligro de toda religión (no sólo el judaísmo o el islam) de atrincherarse en esas murallas cuando se convierte en religión política.

Las complejas relaciones del cristianismo con el poder político en las épocas cristiandad y en las nostalgias permanentes de reavivarla hubiera sido también un campo de interés en este tema de las identidades. El análisis de la posición singular respecto al poder político en Jesús de Nazaret y del universalismo cristiano propulsado sobre todo por Pablo ofrecen, sin duda, un material importante para dicha reflexión. De ella se hicieron eco algunos trabajos abordados en los laboratorios como los de Bettina Gómez Piñeiro y Angelo Sabatelli.

Dentro del campo de las disonancias en la interacción de las identidades hay que reseñar también lo que el Prof Ziparri nos mostró a propósito del narcisismo de la pequeña diferencia. Éste juega, en efecto como un potente motor de disonancia, precisamente cuando las identidades son más cercanas. Así sucede entre las escuelas científicas y, en particular, las psicológicas y psicoterapéuticas. Como también acaece entre los pueblos, ciudades, naciones y estados. Y permítanme que como significativa ausencia en nuestro o Congreso haga mención del diferente papel que pueden jugar las identidades en los problemas concernientes a los nacionalismos que tanta vigencia y, a veces virulencia, siguen teniendo candente en nuestra vieja Europa. Queda en el aire la pregunta de si no será porque este problema se ha convertido de algún modo en tema tabú para nosotros.

5. Aperturas.

Probablemente ha sido el término apertura (o su antónimo, cierre) uno de los más repetidos a lo largo de estos intensos días del Congreso. Apertura de las identidades como único modo de cuestionar todo aquello que nos cierra a la realidad de los otros. Son varios los trabajos que se pueden considerar desde esta clave como una llamada a cuestionar campos identitarios para abrirnos a la realidad del otro y su diferencia.

Entre ellos destaca la intervención del Profesor Tullio Seppilli desde el campo de la antropología cultural. Efectivamente, este campo del saber posee la saludable misión de cuestionar muchas de nuestras certezas y convicciones identitarias. De modo particular, una que afecta de lleno a los intereses de nuestra Asociación en su dimensión médico-psicológica. La eficacia terapéutica no siempre viene dada en razón de los postulados que configuran nuestra identidad en estos campos. Dicha eficacia, en efecto, no siempre se funda en aquellos presupuestos, supuestamente científicos, con las que intentamos legitimarlas en diversas identidades de escuela. Factores de otros órdenes, ajenos a nuestros esfuerzos, a nuestra conciencia y a nuestros saberes pueden jugar un papel decisivo en la eficacia

(también en la yatrogenia) de nuestros particulares métodos y tratamientos.

De modo paralelo la psicología transcultural -aprendimos del Prof. Carlo Pruneti- viene a cuestionar también nuestros paradigmas psicológicos y psicotropológicos a la hora de enfrentar las diferencias de mentalidad de otros parámetros culturales. Parámetros culturales diferentes que hoy ya no nos pueden ser ajenos puesto que forman parte viva de nuestras sociedades. Las otras culturas, como esta mañana se nos ha dicho, las encontramos en el rellano de nuestras escaleras. Las consecuencias para ámbitos como el pedagógico o el sanitario serían graves si no sabemos desprendernos de nuestro etnocentrismo occidental.

Como también estamos llamados a revisar los criterios psicopatológico imperantes (DSM V o CIE) si queremos hacernos cargos de esas otras culturas que no proceden del exterior de nuestra fronteras geográficas, sino que forman parte, como subculturas, de nuestras propias sociedades. Así sucede con las que han emergido al aire de la posmodernidad. Es la clara advertencia que se sigue del análisis de la Dra. Marina Gómez Prieto en su análisis sobre “Las nuevas expresiones de la identidad y los parámetros psicopatológicos”

6. Sintonías.

No sólo nos hemos detenidos en el análisis crítico de las identidades cerradas y mortíferas ni en las llamadas a unos necesarios cuestionamientos y aperturas para lo diferente. También ha habido lugar estos días para soñar unas sintonías que vayan haciendo realidad la polifonía de las diversas humanidades.

Es justo, necesario y saludable mostrar una sensibilidad que detecte los movimientos que en el pasado y en el presente se ha dado como aspiración a una polifonías, a una comunión de los individuos y los pueblos y que permitan el encuentro en paz y fecundidad entre todos los seres humanos. Es una utopía en el mejor sentido del término (como nos recordó el Prof. Luigi Filippi) que engarza con esa estructura antropológica que es la de la esperanza. Una esperanza sostenida por tantos hombres y mujeres que el pasado se esforzaron por abrirse a la alteridad y la diferencia por encima de sus propios esquemas y sensibilidades.

Es el sueño de una polifonía de las humanidades diversas que se encuentran, el sueño de que las inevitables estridencias producidas en la confrontación de culturas e identidades pueden ir cediendo en favor de una armonía, en la que todas las voces encuentren un espacio para contribuir a la polifonía común. Es en esa apertura y diálogo intercultural donde Ramón Pannikar -como nos hizo saber nuestra presidenta Elisabetta Simeoni- ha querido situar *el imperativo moral más importante de nuestro tiempo.*

Pocos espacios como el de Asís para movilizar la esperanza de una comunión con los otros, con Dios y con la naturaleza. Francisco de Asís, en efecto, se nos presenta como uno de los mayores exponentes en la historia del cristianismo de la aspiración a una identidad cristiana que, ante todo, persigue la paz y la comunión entre todo lo viviente. Dato significativo para nosotros, es que, si no me equivoco, es el único personaje cristiano del que Freud muestra -en el “Malestar en la cultura”- un juicio favorable. Francisco de Asís, quiso

hacer realidad en su vida lo que Jesús hizo posible y Pablo sentenció: *Ya no hay judío ni gentil, amo o esclavo, hombre o mujer*. Una utopía de nuevo, pero “utopía eficaz” (como la denominó Schillebeeckx) que moviliza la acción y se convierte en un estímulo para actuar y trabajar por una transformación de la realidad presente.

Hermosa fue la mesa redonda en la que Cristobal Solares y Michele Bianchi nos abrieron a la memoria de los *Grandes personajes en Asís proyectados hacia el más allá: Francisco de Asís y Aldo Capitani*. Francisco de Asís y, en una sensibilidad semejante, Aldo Capitani se empeñaron en un cristianismo abierto a la diferencia y dispuesto a reconocer la verdad de la que es otro puede ser portador. De alguna manera, se puede decir que fracasaron en el intento (¿no fracasó también Jesús de Nazaret?), pero abrieron una esperanza activa (como Jesús) de la que todos podemos hacernos partícipes.

También fracasaron en el intento dos grandes italianos que en el siglo XVI hicieron de sus vidas un empeño en abrir su identidad a lo diferente. Me refiero a lo que se podría señalar como unas lamentables ausencias en nuestro Congreso: las de Roberto de Nobili (1541-1559) y Matteo Ricci (1552-1610). Ambos lucharon, Nobili en el Sur de la India y Ricci en China, por un cristianismo abierto a otras culturas diferentes de la de la Iglesia Católica Romana. Ricci que llegó a ser reconocido hasta hoy como figura eminente de la cultura china trabajó -como Nobili en la India- por inculturar el mensaje cristiano en el pensamiento, la lengua, los ritos, y los esquemas de comportamiento propios de la cultura china. Fracasaron ambos en sus intentos dado que la identidad cerrada de la institución eclesial romana anuló completamente esa posibilidad. Las graves consecuencias de tal negativa son difíciles de calcular en lo que concierne a la misión evangelizadora de la Iglesia en Oriente.

Pero volviendo a las sintonías que manifiestan la apertura a lo otro, la comunión que supera toda diferencia, hay que referirse a lo que música y mística, que tan íntima relación mantienen, significan como anuncios precursores, como sacramentos de esa comunión por la que nos esforzamos, que esperamos a veces contra toda esperanza y que, más allá de todo credo, nos remite a una experiencia de gozo y comunión. Ambas experiencias, estética y religiosa, apuntan a ese descubrimiento de lo humano en el que las creencias e ideologías se relativizan para encontrar un fondo común en el que la comunión es posible.

Bernard Pottier y Maria Dulce Pinto Braz nos invitaron a asomarnos al misterio de lo humano a través de la música y nos hicieron ver de qué manera la música nos remite a una tierra de nadie y -como la mística- nos abre a una experiencia de carácter inefable e íntima que revela la misma esencia del mundo. No se puede hablar a la vez, pero se puede cantar juntos, se nos dijo. Y tendríamos que añadir: no se puede hablar a la vez, pero se puede rezar juntos también.

La experiencia estética en general y la experiencia mística nos ponen así en contacto con el misterio al que las palabras no alcanzan, con el rumor primordial y la actitud de escucha, en el que la palabra cede paso al silencio para encontrar unos nuevos modos de expresión que remiten a un fondo último. Un fondo último donde se hace posible la comunión con el misterio, más allá de toda identidad.

El grupo de la Fundació Vidal i Barraquer, nos hizo disfrutar y nos conmovió en esa aproximación a Etty Hillesum. Mujer libre y vital que, desde su credo personal, extraño a iglesias y sinagogas, acertó a transformarse, desde una problemática identidad primera, hasta desembocar en una nueva identidad integrada, abierta, en la experiencia mística, como comunión con Dios y con todos los seres humanos.

De ese modo llegamos de nuevo a la invitación primera de nuestra presidenta en la que nos presentó el espacio del “diálogo-encuentro” como la matriz originaria de una nueva humanidad plural. Es un espacio-tiempo vacío, pero lleno de posibilidades, que contiene la potencialidad de todas las formas del mundo...es, como el espacio de la mística, un vacío dinámico y viviente. A soñar con él estamos todos mejor convocados después de estos fecundos días de encuentro, reflexión y comunicación entre las que son, también entre nosotros, diversas identidades.